



La Comunicación en el matrimonio es un arte.

“Déjame oír tu voz, porque tu voz es suave” (Can 2,14). “Las palabras dulces multiplican los amigos y un lenguaje amable favorece las buenas relaciones” (Eclesiástico 6,5). “El que habla demasiado se vuelve abominable y el que pretende imponerse se hace odioso” (Eclesiástico 20,8).

P. Ricardo E. Facci

En algunas oportunidades he encontrado matrimonios que dicen que lo de ellos es perfecto. Que todo marcha muy bien en el matrimonio. Recuerdo el caso de un matrimonio que expresaba lo bien que se llevaban y la maravilla de su relación. Al poco tiempo, me enteré que se habían separado. Claro, en la “perfección” algo ocultaban. Ustedes, queridos amigos, mientras leen estas líneas, ya se están dando cuenta de que apunto a lo concreto y real: no existen los matrimonios perfectos, esposos que nunca tienen un problema; y menos, refiriéndose al tema que abordamos en esta reflexión. Generalmente, siempre surgen inconvenientes en la comunicación matrimonial y familiar. ¡En cuántas oportunidades escuché decir a un matrimonio “a nosotros nos cuesta el diálogo”! Si digo que son miles las veces que lo escuché, no exagero. La primera palabra que les expreso, como respuesta, y que es muy aliviadora: “es problema de casi todos”. No es fácil comunicarse en el matrimonio, ya que es un verdadero arte.

El hecho de decirles que “es un problema de la mayoría”, es consolador, pero no para quedarse de brazos cruzados, porque como dice el refrán “mal de muchos, consuelo de tonto”. Hay que trabajar para que el diálogo sea la savia del amor. Sin savia muere el árbol, sin comunicación ningún matrimonio funciona. La felicidad matrimonial tiene una dependencia enorme del diálogo. Es imprescindible la comunicación para la vida conyugal. Pero debemos tomar conciencia que dialogar no es hablar mucho. Ya lo dice la Palabra de Dios: “El que habla demasiado se vuelve abominable”. Sobre todas las cosas es saber escuchar. La actitud de escucha no pasa por estar un rato en silencio, sino saber concentrarse en el otro. Ponerse en sus “zapatos”. Aprender a ver desde la perspectiva del otro. Hoy en día hay muchos cursos para aprender a escuchar o a dialogar, pero la clave pasa por otro lado: es saber despojarse del “yo”. Las personas de un “yo” grande les es muy difícil lograr la capacidad de ponerse en lugar del otro. Esto implica una gran ayuda de parte de la Gracia de Dios, aprovecharla, saber morir a uno mismo desde la fuerza que nos da el Señor. ¿Saben qué diría en este momento? Es martirio. El amor matrimonial exige martirio, porque desde la muerte de los “yo” nace la maravilla del “nosotros”, y éste genera la mejor de las comunicaciones. No soy “yo” ni “tú”, sino “nosotros”. Por esto, es de suponer que en cuanto un matrimonio más camino tiene, más rodaje ha generado en el andar y por lo tanto más posibilidades de excelente comunicación tendría. Pero la realidad suele ser diferente. Los novios o los primeros tiempos del matrimonio tienen mejor comunicación que algunos matrimonios con el pasar de los años. Un diálogo para que sea auténtico necesariamente supone madurez, tener una disposición a creer en el otro, a brindarse plenamente, a escuchar no permitiendo que “mis verdades”, “mis puntos de vista”, cierren el corazón de uno y las palabras del otro no puedan penetrar más allá del oído. La madurez es clave, pero hay que recordar que el paso de los años no la garantiza.

En ningún momento puede exceptuarse o prescindir del diálogo. El devenir de la vida lo exige. Nadie es siempre igual, sino que con el correr de los años se va cambiando en todos los aspectos. Por eso, nunca deben encuadrarse o categorizarse de modo absoluto o definitivo, diciendo: “mi esposo es así” o “mi esposa es de tal modo”, dado que cada uno va cambiando. Por esto, es necesario que se sepa lo que el otro piensa, siente, necesite o quiera, en el aquí y ahora. Para esto es necesario el diálogo. No se puede adivinar, “si me quisieras deberías saber lo que me pasa”, expresiones como estas o similares denotan una gran inmadurez. No se está para jugar a las adivinanzas; menos si ante el error de la adivinanza se paga con penas determinadas.

Cuando en un matrimonio hay un buen diálogo están alegres, felices; por el contrario, cuando no existe o tiene muchas dificultades la comunicación, los esposos suelen estar tristes y experimentan la soledad.

Siempre aconsejo planificar el tiempo para el diálogo, dedicarle atención al otro sin hacer otra cosa. Compartir juntos y solos una merienda, un desayuno, un sábado por la mañana -si es posible-, una “escapada” mensual, en fin, según la posibilidad de cada matrimonio. Es importante “darse tiempo, tiempo de calidad, que consiste en escuchar con paciencia y atención (...) implica hacer un silencio interior para escuchar sin ruidos en el

corazón o en la mente: despojarse de toda prisa, dejar a un lado las propias necesidades y urgencias, hacer espacio”¹.

Convivir en el matrimonio, compartiendo la mesa, el dormitorio, la vida, es una experiencia muy hermosa, en la medida en que se logre una comunicación seria y responsable entre los esposos. “El diálogo es una forma privilegiada e indispensable de vivir, expresar y madurar el amor en la vida matrimonial y familiar”².

Una buena comunicación da la oportunidad de una vida más feliz, de este modo, los cónyuges pueden dedicarse más a la gran tarea y misión que les corresponde como esposos y padres.

Alguno, tal vez, desea empezar o volver a empezar para tener un buen diálogo. Lo primero que se debe realizar es recorrer la historia matrimonial. Es importante recordar los tiempos de novios, cuando salían a caminar juntos o compartir y dialogaban. Si un día se logró, la posibilidad es siempre. Sino prueben mañana, si es posible un día, hay mucha esperanza.

Les dejo algunos pequeños consejos que pueden ayudar al diálogo.

Lo primero, nunca fantasear con las intenciones del otro. De este modo, uno se cierra al advertir que se es juzgado desde la irrealidad. Cuando se suponen cosas lo mejor es preguntar al otro y valorar su respuesta. Sólo así se podrá saber con certeza. En segundo lugar, como les expresé más arriba, hay que hablar abiertamente las cosas. Algunos creen que porque el otro lo ama debe saber cómo se siente o lo que le pasa. La relación matrimonial exige que no haya espacios para “adivinar”, hay que ser muy claro. Lo tercero, expresar sin miedo los sentimientos, suele ocurrir cuando no se sabe cómo reaccionaría el otro, entonces se dan mil vueltas para expresar lo que se desea, de este modo, nadie entiende. Cuarto, evitar responder con recetas o consejos preconcebidos de cómo debe actuar el otro. Por último, asegurarle al otro que se lo ama, demostrándole al cónyuge que jamás se lo quiere herir ni ocasionarle dolor.

Quiera Dios que cada uno experimente el deseo de oír la voz del amado, porque su voz es suave. Nada más atrapante que las palabras dulces y un lenguaje amable porque favorece la excelencia en la relación matrimonial. Jamás hablar demasiado ni pretender imponerse, porque uno se vuelve abominable y odioso. ¡Viva el diálogo, viva el amor!

Oración

Señor Jesús,

Tú que supiste escuchar a tantos,

y luego los iluminaste con la Palabra

o los abrazaste en el corazón misericordioso,

ayúdanos a saber escucharnos y así lograr entre nosotros un diálogo constructivo,

para que se afiance nuestro amor.

Danos la gracia de poder expresar todo lo que el amor encierra en nuestros interiores,

especialmente nuestros sentimientos, alegrías, dolores, necesidades,

para poder conocernos abiertamente, con profundidad,

y así alcanzar la madurez necesaria para que brille el gran amor que nos tenemos.

Nos imaginamos las horas de diálogo entre tus padres, María y José,

eso queremos también para nosotros. Contamos contigo. Amén.

Trabajo Alianza

1.- ¿Qué evaluación realizamos de nuestro diálogo? ¿Es positivo o aún falta mucho?

2.- ¿Qué aspectos debemos mejorar para dialogar más productivamente?

3.- ¿Qué tiempo tenemos organizado para nuestro diálogo?

4.- Realizar un propósito para crecer en el diálogo matrimonial.

Trabajo Bastón

1.- ¿Qué apreciación tenemos del diálogo: es esencial o secundario para el amor matrimonial?

2.- ¿Cuáles son los obstáculos más frecuentes en el diálogo matrimonial?

3.- ¿Qué opciones habría que realizar para crecer en el diálogo conyugal?

4.- ¿Cuáles son los momentos más apropiados y así reservarlos para dialogar?

1.- Francisco. Amoris Laetitia 137; ibidem 136.

Oremos por las vocaciones consagradas y sacerdotales en la Obra Hogares Nuevos.